

seen la misma habilidad, á estas horas el Federico Viera de Galdós hubiera sido objeto de examen por muchos conceptos, como lo son en Francia, en Inglaterra, en Italia, en todas partes donde hay verdadera vida literaria, las figuras que van inventando los maestros del arte. Aquí, casi casi hay que pedir perdón por haber dedicado tantas palabras á un solo personaje de una novela.

Tomás Orozco merecería un estudio no menos detenido: en él los defectos *formales* de que tanto hablé más arriba, producen mayores estragos, hasta el punto de que á veces parece que el autor se burla de la bondad de su héroe y le convierte en caricatura (1); pero Orozco es también tipo grande, y á pesar de la aparente *sencillez* de su bondad de una *pieza*, es complicado. ¡Y qué complicación la suya! Á ella alude Augusta cuando duda si su marido es santo nada más, ó es un santo con manías. Debajo de esto hay problemas que no se resuelven ni con renegar de la *psico-física* moderna, en nombre de los *eternos* principios de lo *bello*, lo *bueno* y lo *verdadero*... ni tampoco con copiar las ideas más ó menos originales y meditadas de un Lombroso, y llamar loco á Schopenhauer, y creer que el doctor Escuder, de Madrid, por ejemplo, sabe, efectivamente, en qué consiste el alma.

(1) En este respecto gana mucho Orozco en el quinto acto del drama *Realidad*, estrenado en la Comedia en Marzo de 1892.



## REVISTA LITERARIA (1)

Resumen.—*Bis in idem*.—Un criterio.—Programa.—*Antología de poetas líricos españoles*.—Tomo II.—Prólogo de Menéndez y Pelayo.

INVITADO en cariñosa carta por mi buen amigo y compañero el director de *Los Lunes de El Imparcial* á reanudar mi antigua colaboración en la hoja literaria de este popular periódico, me apresuro á aceptar el honroso encargo de escribir cada mes un artículo que sea como revista bibliográfica; mas no de todos los libros literarios, propiamente, que se publiquen en España, sino de

(1) Las anteriores revistas fueron publicadas en *La España Moderna*, de cuya Redacción se separó el autor por motivos de dignidad profesional. La presente revista y las que siguen fueron publicadas en *El Imparcial*, en el que continúa Clarín encargado de la reseña literaria mensual, por invitación del director de *Los Lunes*, Sr. Ortega Munilla, según se indica en el texto.

aquellos nada más que yo tenga tiempo de leer á conciencia, y que en mi opinión, poco ilustrada y humilde, pero serena siempre, merezcan un examen más ó menos detenido, ó siquiera una *mención honorífica*.

Aunque parezca mentira, existen en la prensa moderna dos clases de censura literaria: la que se escribe después de leer las obras de que se trata y la que se escribe antes de leerlas, y aun sin leerlas antes ni después. En el forro de muchas *revistas*, lo mismo nacionales que extranjeras, más de estas últimas, como es natural, se ve sobre el fondo azul, pajizo ó rojo, ó lo que sea, del recio papel de la cubierta, destacarse la suficiencia perentoria de esos críticos, tan semejantes á la máquina Singer, que en una semana leen veinte novelas, doce libros de poesías y cinco ó seis de viajes, y juzgan todas esas obras con envidiable frescura y con una concisión que suele ser casi siempre una injusticia, ó por carta de más ó por carta de menos.

Aun pasando del forro, aun llegando á las entrañas de esas *revistas* y de muchos periódicos diarios ó semanales de literatura, se ve el mismo género de crítica, aplicado generalmente sin escrúpulo de conciencia. Se escriben cuatro renglones y se leen otros cuatro, y esto es la bibliografía en publicaciones de París, Roma, Londres, Berlín, Madrid, tan importantes como... no citaré ninguna...

Un hombre que tiene algo más que hacer que leer novelas ó libros de versos (y que si no hiciera más que eso acabaría en estúpido) necesita escoger, para tratar cada semana ó cada quince días ó cada mes de los libros que son dignos de ser leídos y juzgados. Y ¿cómo se escoge? Ateniéndose á un criterio, que en parte estará indicado por los límites naturales de las materias que son propias de la publicación de que se trate, y que, por lo demás, depende del concepto que se tenga del arte. No voy yo á examinar ahora este capital problema de selección y expurgo crítico en general y con el detenimiento que pide, sino en pocas palabras y refiriéndome á lo que directa y exclusivamente me importa. Así como dicen los economistas que no es país rico aquel en que existen unos cuantos centenares de fúcares, sino aquel donde el mayor número de ciudadanos disfruta de cierto bienestar; y que, por consiguiente, si Inglaterra, v. gr., es rica, no lo será porque el *landlord* domine en vastas heredades, sino porque el pueblo viva con cierta holgura; así hay, para muchos, riqueza literaria allí donde existe bastante producción y se publican muchos libros y se pronuncian muchos discursos y pululan los periódicos y las sociedades científicas, artísticas, etc., etc.

La estadística, que no se para en barras, á tales datos suele atenerse; y los que por ella juzgan,

pintan, según las cifras, de blanco ó de negro un país, en el mapa de instrucción y de vida intelectual que llevan en la imaginación, por reminiscencias de los realmente gráficos que de este género se han hecho. En atención á lo que suele llamarse con palabra algo vaga y especiosa, *cultura*, esas cifras de la estadística importan bastante y tienen su elocuencia; para Guyau, por ejemplo, según claramente lo dice en su libro póstumo acerca de *La Educación y la Herencia*, la educación misma se define por el elemento cuantitativo, no sólo por lo que respecta al número de facultades perfeccionadas, sino en vista de la extensión de este progreso á mayor número de hombres. Esto, que en lo que puede llamarse *sistema* de las teorías de Guyau, en que da el tono á todo la idea *social*, es lógico, es una consecuencia necesaria, acaso no sea tan indiscutible desde otros puntos de vista; pero, en fin, siempre será cierto que la *extensión* de la cultura importa mucho cuando de instrucción general se trata; cuando se trata del progreso del mundo por la educación del espíritu. Mas cambia de aspecto la cuestión cuando se atiende á la vida literaria, no á la instrucción en general.

Aquí la estadística ya no dice tanto con los números, y hasta puede inducirnos á error por abarcar *grosso modo* asunto tan delicado.—Hoy más que nunca importa quitarle valor á la cantidad en

las cosas del arte, porque una mal entendida democracia, en realidad *mesocracia*, aplicada al gobierno del espíritu y aun del espíritu escogido y *excepcional*, nos lleva, con legítima alarma de algunos, al reinado de la medianía intelectual, y lo que es peor, de la medianía estética y moral. La medianía intelectual y moral tiende á la grey, quiere llamarse legión para ser algo de provecho, y en rigor todo lo espera de la mecánica. Estos Hércules que se llaman democráticos y aspiran á la nivelación artística no usan la maza del hijo de Alcmena, sino la prosaica palanca, á la ley de cuya fuerza todo lo fian. En *revistas*, sociedades, *escuelas*, etc., etcétera, se quiere entregar el porvenir del arte al trabajo que llamaría Hæeckel filogénico, de la tribu, y por eso ofrecen cierto peligro, al lado de muchas buenas enseñanzas, libros como los de Guyau cuando aplican su *sociologismo* á la materia artística. En literatura, que es á lo que yo me concreto, se debe luchar mucho contra la invasión del *vulgo* que pretende ser *excepcional*. La tendencia actual de la clase media de los países más adelantados es, por lo que toca al arte, semejante á lo que sería un espectáculo público en que los espectadores se empeñaran en dar ellos la función.

Por ahora, y mientras el mundo siga pareciéndose un poco á lo que hoy es, los artistas son y serán unos cuantos que no serán comprendidos del

todo más que por otros artistas especiales (los verdaderos críticos), y que deben ser oídos por todos los demás hombres. En ese respecto cabe dar gran importancia á la *cantidad*, aun en la estadística del arte, en lo que toca al público. El papel de gran interés que ciertos críticos modernísimos, como el malogrado Hennequin, quieren atribuir al público en la vida del arte es legítimo, hasta cierto punto, en esta consideración de *pasividad* artística (que no es pasividad sociológica); pero no hay que exagerar este sentido en que cabe tomar la cuestión, ni, sobre todo, hay que confundirlo con el principal y directo objeto de la producción artística. Ateniéndose á esto, y hechas todas las salvedades indicadas, hay que declarar, y llego á mi asunto, que la crítica literaria no debe tomar como señales del progreso la multitud de libros, ni estudiar, por consiguiente, gran cantidad de ellos, sino los que por méritos particulares representan el verdadero movimiento de la vida intelectual del país. Dada la necesidad de la selección, algunos piensan que lo más justo es atender á la variedad de autores y no á la de las obras; de modo que, si un escritor notable publica muchos libros, se dejen olvidados los menos interesantes entre ellos, para tener tiempo de examinar los de otros muchos autores, aunque estos no estén acreditados, ni lo merezcan.

Yo no juzgo de esta suerte; creo que lo que hay

que escoger, por lo común, son los autores, no los libros; es claro que el gran ingenio produce á veces lo mediano, pero pocas veces saldrá obra buena de ingenio mediano; podrá haber rasgos dignos de atención, podrá haber aciertos casuales en lo que escriba el publicista adocenado, pero no será frecuente tal fenómeno. Olvidan, sencillamente, la relación de la causa al efecto los que, aplicando por absurda abstracción igualitaria á la crítica del arte el criterio democrático, bueno en política y en derecho civil, por ejemplo, entienden que no debe atenderse al autor, sino á la obra, y esperan encontrar todos los días un portento en las ocurrencias de un escritor que ha probado no valer nada, y en cambio descubrir flaquezas y fealdades en el trabajo del gran talento asegurado.—Con esta aberración suele andar mezclado el prurito vanidoso de la erudición, ya sea *filológica*, ya de lo contemporáneo. El que quiere en la crítica demostrar que ha leído mucho, tiende al *cultivo por extensión* de la literatura y gusta de descubrir viveros de poetas, por ejemplo, en un ameno huerto de hortalizas. ¿Quién le va á decir al autor de un *Diccionario* de escritores ó al de una *biblioteca* ó *antología* que la vulgaridad literaria representa cantidades despreciables? — Pero lo más racional es discurrir de esta suerte: que el vulgo, el público leyendo, supone algo, mucho en cierto respecto;

pero el vulgo escribiendo no supone nada, nada bueno á lo menos.

Una de las atenciones principales, no ya de un crítico de verdad, sino hasta de un humilde *revisor*, como el que suscribe, debe ser el estudio constante de las *personalidades* literarias del país de que ha de hablar al público, estudio en que haya *cuenta corriente* para cada escritor importante y en que se examine también con exquisito esmero el adelanto de los que empiezan y prometen y la decadencia de los que se extravían ó declinan. Entre nosotros, por falta de *conciencia colectiva* en materias de arte, por lo poco que reflexionamos acerca de nuestro mismo trabajo nacional, los críticos suelen pararse apenas en tales escrúpulos; y, por una debilidad de funestas consecuencias, se deja que éntre cualquiera en el ruinoso *templo de la fama* y que se arrincone en cambio el mérito verdadero, ó por cábalas de la envidia ó por el hastío de los necios, que no quieren lo bueno repetido y con la misma firma, prefiriendo alternar con lo malo, si esto varía de nombre. Críticos hay entre nosotros que muestran grandísimo talento en todo menos al aplicar justicia distributiva á los autores. No hablar de los buenos y volverse loco para discurrir sutilezas que hagan pasar por buenos á los malos, es achaque de algunos respetables maestros, que, lo que es en esto, han pecado mu-

cho. Es claro que no aludo á ciertas personas que parecen discretas hasta que se las prueba en la piedra de toque del gusto y se las ve juzgando con *originalidad* una obra nueva, ante la cual demuestran su ceguera incurable de vulgo vulgarísimo. Ejemplos de esto, y bien recientes, pudiera citar, si no fuese porque me he propuesto, por hoy, á lo menos, huir de nombres propios en el capítulo de las censuras.

En consecuencia de todas las anteriores observaciones, notas y quejas, y de algo más que omito, puedo resumir de este modo los límites en que se encerrarán, por lo común, mis revistas literarias, á que aplicaré, para escoger materia, el criterio que de lo dicho se desprende.

Mis revistas serán de literatura española, y sólo se referirán á la extranjera cuando esto importe mucho á nuestro arte.

Casi siempre hablaré de libros; pero no me comprometo á no referirme alguna vez á otras manifestaciones de la vida literaria, y aun á los hechos sociales de otro orden que con ella tienen relación.

No entraré, con pretexto de las letras de molde, en campos ajenos á lo puramente literario, con lo cual creo dar un buen ejemplo. Mas es claro que hay géneros *intermedios* ó *mixtos* que tienen su aspecto artístico, y en ellos no habrá inconveniente en meterse. El Sr. Valera censuraba no ha mu-

cho, con razón, al autor de una historia literaria de que se excluía, v. gr., la historia misma y la *elocuencia*. Por olvidos ú omisiones sistemáticos de este género nuestra crítica habla menos de lo que debe de ciertas obras de Castelar, de Pi y Margall, de Giner, de González Serrano, etc., etc.

Trataré, generalmente, de la literatura que produzcan nuestros autores notables, los que lo son á mi juicio; entiendo por notables también á los que ofrezcan esperanzas en obras que positivamente ya tengan algo bueno. (Esto lo añado porque hay quien ve esperanzas á fuerza de buen deseo y sin datos á qué agarrarse.)

De lo que yo crea mediano ó malo no hablaré, pese á todos los reclamos del mundo, á no ser cuando tal sea el escándalo de la alabanza inmerecida y del *tole tale* insustancial que exija un artículo de esos de policía literaria, que también á veces vienen á cuento.

Que en algunas ocasiones he de equivocarme, es seguro; desde luego anuncio que me equivocaré. Pero de la sana intención, de la imparcialidad absoluta, respondo.

Y sin más prólogo, paso á decir cuatro palabras de un libro reciente que merecería un artículo más largo.

—  
Me refiero al segundo tomo de la *Antología de*

*poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo, el cual para cada volumen va escribiendo un prólogo, que viene á ser, hasta ahora, una breve pero sustanciosa historia de nuestra poesía. Esta obra importantísima, que publica la *Biblioteca clásica*, abarcará desde la formación del idioma hasta nuestros días. Ojalá se publique de prisa y lleguen pronto esta especie de *pandectas líricas* á los poetas contemporáneos, porque tengo grandes esperanzas de que la autoridad de Menéndez y Pelayo venga á dar fuerza á mi opinión respecto de muchos de nuestros versificadores de hogaño.

Estos primeros tomos de la *Antología* se remontan á los *origenes*, materia que en otros países es estudiada con cariño y constancia, con aguda inteligencia, no sólo por los eruditos de pura afición filológica, sino por la misma juventud enamorada de lo moderno, pero también de su genealogía. En Francia ya se sabe que contribuyeron no poco al estudio y resurrección de los antiguos poetas de variadas formas rítmicas los innovadores más atrevidos y *modernos* de las escuelas revolucionarias, desde los *parnasistas* á los modernísimos *decadentes*, *místicos*, simbolistas, etc., etc... En Inglaterra basta un nombre para recordar el amor á lo antiguo: Dante G. Rossetti; y en Italia vemos que los versos de Rapisardi, del mismo G. D'Anunzio, en cierto modo (v. gr., en sus *odas romanas*, recuerdo

de las de Goethe), suponen el estudio y la compe-  
netración del espíritu poético de remotas edades.  
En España apenas podemos citar obras de verda-  
deros críticos, y menos de artistas, que traten estas  
materias á que se refieren los *prólogos* de Menén-  
dez y Pelayo en los dos primeros tomos de esta  
colección sabiamente ordenada. En general, y fuera  
de hermosas excepciones, el estudio de nuestra  
antigua poesía ha sido aquí patrimonio de eruditos  
sin genio ni gusto, de esclavos de la letra, de pe-  
dantes más ó menos disimulados; cosa oficial y  
académica, tarea de viejos fríos ó de jóvenes acar-  
tonados y envejecidos por las indigestiones de  
papel disputado á los roedores. Nuestros poetas  
jóvenes apenas entienden más que de imitar á los  
maestros vivos, y no comprenden que se *pierda el*  
*tiempo* escribiendo un libro, v. gr., acerca de *La*  
*Morfología del soneto en los siglos XIII y XIV.*  
(La Biadene. Roma, 1888.)

Por eso debemos admirar y aplaudir al *único*  
escritor joven, de genio, de gusto, que, llena el  
alma de todo lo moderno, en lecturas, reflexiones  
y sentimientos, en España hace lo que fuera em-  
prenden muchos: iluminar lo pasado con la luz de  
la crítica histórica que es gloria de nuestro siglo  
en naciones más felices que la nuestra. En Italia  
estudian autores como Alejandro D'Ancona y Do-  
mingo Comparetti las *antiguas rimas vulgares*, en

cinco volúmenes, empleando catorce años en tra-  
bajo tan fecundo. ¿Qué menos para prepararse á  
ver cómo aparece el *dolce stil nuovo* que ha de in-  
mortalizar á Dante?

No fuera mucho pedir que legiones de literatos  
españoles, literatos de verdad, no sabios de real  
orden, sin más vocación que la de ganarse la vida  
de cualquier modo, se consagraran á escudriñar el  
interesante y misterioso amanecer de nuestro genio  
lírico, no menos digno de atención por las ideas y  
emociones que balbuce, que por la forma que em-  
plea; de nuestro genio lírico, que ha de tener su  
floreamiento en las estrofas serenas, místicas y  
sencillas de Fray Luis de León, y en algunos ro-  
mances eruditos; y sobre todo, por lo que al len-  
guaje patrio respecta, en el glorioso teatro de Lope,  
Calderón y Tirso. Desde Berceo á Góngora, ¡qué  
grande y rápido progreso! ¿Quién ha estudiado  
aquí esto de veras, por ello mismo, no por las cir-  
cunstancias bibliográficas y otras análogas? Nadie.  
Menéndez y Pelayo parece que comienza tan inte-  
resante labor, y nadie habrá acaso que, hoy por  
hoy, pueda hacerlo en tan buenas condiciones.

Aunque este segundo tomo de la *Antología* co-  
mienza ya por la *Danza de la muerte* y sigue con  
fragmentos del marqués de Santillana, Dueñas,  
Fernan Mójica, Juan de Tapia, Lope de Estúñiga,  
Suero de Quiñones, Francisco Bocanegra, Carva-

jal, Diego del Castillo, Juan Alfonso de Baena y el infante D. Pedro de Portugal, el magnífico prólogo que precede á tales artículos, y que se contiene en ochenta y tres páginas, no llega tan adelante y queda en la materia recopilada en el tomo primero, sin abarcarla aún toda, pues no alcanza á comentar las importantísimas obras del arcipreste de Hita, del Rabi don Sem Tob y del canciller Ayala, principales poetas del siglo XIV, en quienes, según el crítico, el *mester de clerecía* aparece ya muy modificado, principalmente por la influencia de las obras en prosa que reflejan el nuevo estado de la cultura de las clases sabias, y por el influjo también de la lírica gallega.

Empieza el autor del estudio preliminar notando que en la poesía popular primitiva precede siempre el elemento épico al propiamente lírico; y por esto hay necesidad de tomar el estudio de los orígenes de nuestra poesía en los cantares de *gesta*. Lamenta Menéndez y Pelayo la casi segura pérdida de innumerables documentos de nuestra primitiva literatura; y sólo con esta observación, ya sugiere al lector reflexivo una *perspectiva ideal*, que no aparece en esas *historias literarias* á que estamos acostumbrados, y en que vemos sucederse por el análisis *externo* de las fuentes que nos quedan, como en cuadro vetusto, las *aisladas* figuras, los paisajes sin perspectiva, propios de la pintura de siglos

bárbaros para el arte. Entre lo perdido y lo conservado, ve Menéndez materia bastante para una epopeya nacional, cuyos caracteres de originalidad estudia sobriamente, pero con gran agudeza crítica y severa imparcialidad.

Declara que nuestra literatura más original no es la de estos siglos remotos, sino otra posterior, y que á los espíritus superficiales les parece de mera imitación y de poco mérito por ser *erudita*; mas no por esto se deja llevar por el afán de escritores franceses (y algún español) que los más de nuestros antiguos poemas quieren suponerlos en todo y por todo copiados de la rica poesía épica francesa.

Menéndez entiende la epopeya en el sentido más rigurosamente etimológico, no en el restringido y menos exacto en que, por ejemplo, D. Francisco Canalejas la definía como una especie dentro del género épico. Para Menéndez hay epopeya, aun en lo fragmentario; y en rigor, sólo en este sentido se puede admitir que la epopeya por excelencia, para todos, *La Iliada*, lo sea; pues hoy ya no cabe duda que la forma *unitaria* en que la vemos nosotros y la vieron todavía en tiempos lejanos los mismos griegos de la generaciones más civilizadas, es un producto histórico, algo semejante á lo que nos ofrecen muchos libros *bíblicos* según la crítica heterodoxa. — (Véanse respecto de la *unidad* de *La Iliada* los estudios de *Literatura griega*, póstu-



mos, del insigne Egger, en los cuales, incidentalmente, se trata el asunto.)

Dado, pues, el sentido clásico á la epopeya, estudia nuestro crítico los principales caracteres de la castellana, y algunas de sus observaciones me parecen nuevas y muy dignas de atención y estudio. De cierto realismo congénito de nuestro espíritu castellano, y que tiene muchas ventajas y gérmenes de verdadera belleza, pero también muchas desventajas y gérmenes de frialdad, *positivismo* y limitación; de cierto realismo que aun hoy alaban algunos por sus deficiencias, se encuentra la *primera fuente* en esta poesía *rudimentaria*, á la cual, aun estudiándola con cariño, señala claramente capitales defectos Menéndez y Pelayo, aunque no siempre como defectos los reconozca.

Una de las limitaciones, para algunos excelencias, de esta poesía de *gestas* castellanas, es su falta de *filiación pagana*. No se remonta, á no ser por supersticiones secundarias y poco poéticas, á ninguna mitología; nace *cristiana* y dentro de un cristianismo ya eclesiástico, sin relación á leyendas nacionales anteriores á la conversión. No podría un Carlyle español estudiar el momento pagano de la poesía religiosa en un *Odino* de Castilla. Nuestra poesía *nunca* tuvo una religión natural y nacional; al contrario, la religión reflexiva, *adquirida*, fué la que contribuyó á fundar la nacionalidad. Pero... y

aquí otra observación profunda y exacta de Menéndez y Pelayo—no hay que atribuir á *Mio Cid*, ni á *Fernán González*, ni á héroe alguno de nuestra *reconquista* la idea abstracta de una reivindicación patriótica y religiosa. Estas generalizaciones son buenas, entiende el autor de los *Heterodoxos*, para tesis de discursos académicos, pero «El Cid del poema lidia por *ganar su pan*.» Sépalo el señor Pidal; y no por eso destruya el precioso códice, *único*, del poema, que en su poder tiene.

Niega también el crítico ilustre á los héroes de nuestra poesía de la Edad Media el espíritu de galantería y de falso misticismo amoroso que les atribuye la superficial tradición de cierto romanticismo. Pero si todo esto, y aun más, les quita Menéndez y Pelayo á aquellos tiempos y á aquellos hombres, déjales en cambio otro género de poesía que vale más, porque es más natural en ellos; poesía que les acerca más á la realidad *constante* y á la *circunstancial* propia de su tiempo.

No cabe en este artículo, que es ya tan largo, seguir una á una las muchas notas de buena y profunda crítica que dan valor al estudio original y *sujestivo* que va haciendo el catedrático insigne, tanto de nuestros poemas de *gesta*, como, después, de los libros más famosos que conservamos de la poesía llamada *mester de clerecía*. ¡Con cuánto placer seguiría yo á Menéndez y Pelayo en sus

comentarios del simpático *Berceo*, del poema de *Alexandre*, etc., etc.!

Por hoy tengo que concluir dando la más cordial enhorabuena al querido amigo y condiscípulo por este *prólogo* que basta, por lo que hace vislumbrar, para sugerir aficiones de filología poética al *modernista* más enamorado de lo flamante y sin historia. Cuando el tercer tomo de la *Antología* se publique, y ojalá sea pronto, examinaré de modo menos incompleto el gran trabajo que está realizando el profesor ilustre de Historia crítica de la Literatura Española.



## REVISTA LITERARIA

Resumen. — Balance. — Alarcón. — Coloma. — El año literario. — La novela. — Otros géneros. — Advertencia. — Ángel Guerra. — La cantidad y la duración. — Lo que da unidad al libro de Galdós. — Psicología y Lógica.

**G**ERMINADO lo que puede llamarse el año literario, que en cierto modo viene á coincidir con el económico, cabe echar ya la cuenta de lo que hemos ido ganando, al paso que se deja en piadoso olvido lo que hemos ido perdiendo. Aunque, mejor pensado, la piedad exige recordar antes que nada una pérdida de las más dolorosas que cabe imaginar, tratándose de literatura española contemporánea; hemos perdido á Alarcón, y con él un manantial de belleza de singular sabor, que no se ha de buscar en otra parte. Porque habrá quien le iguale, hasta quien le *sobre*, como decían antiguamente; pero se acabó para siempre un modo de originalidad; no se gozará más cierta clase de emociones que producían las novelas de este glo-